

CAPITULO IV.

LA ESPIACION.

Mas de dos años se han deslizado desde que la marquesa de Bellaflor se alarmó por los primeros pasos que vió dar á su hijo en la senda horrible del libertinage; pero avasallada por el ciego amor maternal, como sabe ya el lector, dejóse fascinar por las disculpas de su hijo, y dió crédito á sus promesas de que ya no volveria á darle el mas leve disgusto.

Sabe tambien el lector cuán deleznable fué el arrepentimiento del jóven Enrique, y cuán falaces sus promesas; pues no solo faltó á ellas el siguiente dia pasando luengas horas en asquerosa bacanal, sino que auxiliado por el cinismo de su inseparable compañero y amigo el hipócrita don Julian de Linares, logró hacer creer á su madre, que el oro derramado en la orgía, habia servido para enjugar el lloro de una familia indigente.

Quien tan sin freno se lanzaba á la carrera de los vicios, lle-

vando por guía y maestro á un ente desmoralizado como el jóven Linares, que hacia alarde de no haber hallado jamás competidor en travesuras de mal género, no podia menos de hacer progresos notables en la vida licenciosa que desgraciadamente muchos jóvenes, ó por mejor decir muchos niños que sienten aun el escozor de la palmeta, alentados por la criminal indulgencia de sus padres, abrazan con osadía, guiados por el afan de *hombrear*.

Como si para aparentar ser hombre fuera preciso frecuentar las casas de mujeres perdidas, llevar siempre un veguero en la boca, apurar copas de ron en los cafés, jugar entre tahures, acosar con atrevidas frases á las inocentes niñas, mofarse de sus mamás y prorumpir en palabras obscenas y risotadas insultantes como para llamar la atencion general y obtener plaza de *hombre de mundo!*

¡Imbéciles!..... ¿sabeis lo que lograis con vuestras insolencias?

Acreditaros de mas niños de lo que sois; de niños tontos que no conoceis la senda que pisais, senda que os conduce á vuestra inevitable perdicion.

¿Quereis saber la impresion que causan vuestras insípidas gracias en los que os ven y os oyen?

Desengañaos; no os califican de hombres traviesos que tienen la osadía de ser mas libres y saber gozar mas que los otros, como vosotros os figurais; sucede precisamente lo contrario: os califican de necios, de niños sin educacion, y os compadecen si no os desprecian como á los pilluelos de playa... todos vais por el mismo camino... no hay mas diferencia entre los pilluelos andrajosos y los libertinos elegantes, sino que aquellos son disculpables por la clase menesterosa á que pertenecen, y que vosotros os revelais contra la buena educacion, sin la cual jamás llegareis á ser hombres apre-

ciables, y siempre se os mirará con repugnancia en la culta sociedad, á pesar de vuestras ridiculeces por distingueros en ella.

Enrique, el marquesito de Bellafior, tiene apenas quince años; no ha conocido jamás privaciones ni escaseces; el oro pasa en abundancia por sus manos, como un metal insignificante.

Derrochábale á manos llenas sin que pudiera agotarlo.

Y como en este miserable mundo no hay deseo ni capricho que no pueda satisfacer el que nace rico, arrojado Enrique al proceloso mar de todo linaje de pasiones, dos años solamente habian bastado para rendir su fisico, que aun la edad no habia llevado á su completo desarrollo.

No tardó su desgraciada madre en conocer los estravíos de su hijo; pero ya era tarde.

Cada vez que la marquesa trataba de dar á Enrique algun consejo, no lograba mas que verle ceñudo por mucho tiempo, cuando no se alejaba de casa y estaba largos dias sin regresar á ella, haciendo sentir á su pobre madre las mas horribles angustias.

Sufria sin embargo con resignacion los sinsabores que Enrique le proporcionaba; y aquel peligro incesante á que le veia espuesto por la vida relajada que seguia, despertaba en ella el temor de perderle, y este recelo que desgarraba su corazon, avivaba el ciego amor maternal.

¡Desventurada madre!

Cuanto mas se desviaba de ella su hijo, cuantos mas disgustos la causaba, mas le queria... le idolatraba con verdadero frenesí.

En vano el honrado Tomás indicaba la causa de cuanto sucedia, en vano se esforzaba para hacer comprender á la marquesa que aun el rigor, y únicamente el rigor podia salvar á un hijo que

se mostraba sordo á la suavidad de afectuosos consejos.

La angelical María no podia determinarse á contrariar imperiosamente las inclinaciones de su hijo, y no pasaba un solo dia sin que este hijo le diera un acerbo que sentir.

Estas continuas desazones iban debilitando mas y mas la salud de la marquesa, y alejando la esperanza de emprender su viaje á París; ocultando á su esposo el verdadero motivo de semejante entorpecimiento, por no afligirle mas de lo que debia estarlo separado de su familia.

Por otro lado el marqués de Bellafior sabia de un modo positivo que en el momento de presentarse en España seria encarcelado y tal vez llevado al patíbulo por los muchos enemigos que tenia en el palacio del poder oculto; ansioso siempre de sacar á su pais de las garras de sus opresores, estaba en relaciones con otros buenos patricios que le juzgaban mas útil donde se hallaba, y le habian prometido avisarle cuando se tratára de dar un golpe decisivo para salvar la libertad española.

Volviendo á Enrique, fácilmente se concibe el efecto que en su delicada naturaleza habia de producir una aglomeracion continua de imprudentes excesos.

Cayó por fin enfermo, y se agravó de tal modo su dolencia, que á los pocos dias de haberse visto obligado á guardar cama, comenzó á sentir agudísimos dolores en todo su cuerpo.

Duróle este estado de horrible padecimiento semanas enteras, á pesar del empeño con que los mejores médicos de Zaragoza trataban de hacer desaparecer el mal.

Llegó este á un período alarmante que daba pocas esperanzas de salvar al paciente, y fué preciso administrarle ya los auxilios de la religion.

Puede el lector figurarse cuál sería el estado angustioso de la marquesa de Bellaflor en la desesperada situación de su adorado Enrique.

No tenía un momento de sosiego.

Día y noche sentada á la cabecera del lecho del dolor, parecía animada por una fuerza sobrenatural para cuidar por sí misma del enfermo.

Dormía breves momentos en un sofá de la alcoba de Enrique, cuando veía á este tranquilo; pero su sueño era tan ligero, que la menor queja, el mas leve suspiro del doliente jóven, despertaba á la azorada madre, y acudía presurosa á consolarle con palabras llenas de acendrado cariño.

Un sábio religioso á quien el enfermo habia confiado cristianamente todos los actos de su vida, todos sus pensamientos y hasta los mas recónditos secretos de su corazón, mostrando sincero arrepentimiento por sus extravíos, hábale hecho ver con divina elocuencia toda la fealdad de su conducta, logrando trocar en ódio la inclinación que el incauto adolescente habia sentido hasta entonces hácia los torpes deleites del libertinage.

Desde aquel momento, y como si la Providencia, que tan amargamente habia hecho espiar á Enrique su criminal conducta, se hallára ya satisfecha con su firme propósito de la enmienda, comenzó á sentir el enfermo un alivio consolador.

Desapareció el peligro de muerte, y llegó en breve el día en que pudo Enrique abandonar el lecho.

¡Mas ay! aquel jóven que con indomable aliento desafiaba todo linage de riesgos cuando estaba sano, veíase abatido en un sillón sin poder moverse de él mas que con el auxilio de su madre que le ponía en pié, y entonces apoyado en dos muletas daba con mu-

cha pena y gran trabajo brevísimos paseos por la sala.

Enrique siguió tullido algunos meses... ¡tullido á la flor de sus años! pero como el arte no dejaba de apurar todos sus recursos, llegó por fin la hora de su mejoría, y en breves semanas fué tan completa, que recobrando enteramente la salud, aunque no del todo su antiguo buen color, estaba Enrique mas interesante que nunca á los ojos de su madre.

Tenia ya 15 años; pero su avanzada estatura y aun los trabajos que le habia acarreado su relajada vida, le daban el aspecto de un jóven de diez y ocho ó veinte años.

María creyó que esta vez era sincero el arrepentimiento de su Enrique, y al paso que esto le era muy satisfactorio, observaba con disgusto que Isabelita iba adquiriendo cierto aire de presunción por su belleza que podría tener malos resultados, si oportunamente no se le corregía este naciente defecto.

Sabe ya el lector que desde que María se casó con don Luis de Mendoza, marqués de Bellaflor, recibió una esmeradísima educación.

Se aficionó á la buena lectura, y aun se le pegó algo de la pasión que por la poesía tenia su marido.

María se habia ensayado en algunas ligeras composiciones, que rasgaba después, temerosa de que su Luis se burlase de ellas.

Tambien habia escrito durante la ausencia de su esposo, algunas leyendas en las que destilaba toda la ternura de su corazón; pero que nadie mas que ella habia leído, y las guardaba para su Luis, porque de estos *cuentos morales* estaba mas satisfecha que de sus versos.

El deseo de corregir á Isabelita de su creciente vanidad, y de hacer ver á Enrique las fatales consecuencias del libertinage, pusie-

ron la pluma en su mano, y aprovechando los ratos de ocio que sus quehaceres domésticos le dejaban, compuso una novelita, en cuya lectura la presuntuosa niña y el precoz libertino recibieron una lección muy provechosa.

Creemos que nuestros lectores serán galantes con su simpática y antigua amiga, á quien han conocido pobre, como hija de un desvalido albañil, y á quien hoy admiran en la aristocracia, modelo de finura y de generosidad.

Recomendamos pues á su indulgencia la siguiente novelita, ó mas bien cuento moral, que la tierna madre escribió, sin mas pretensiones que, como ya llevamos dicho, dar una lección de moral á sus hijos.



CAPITULO V.

LA BELLEZA DEL ALMA.

PARTE PRIMERA.

EL CIEGO.

I.

VALENCIA 11 DE SETIEMBRE DE 1841.

Mi querida Laura: hace quince días que partiste de aquí y no tengo noticias tuyas.

Sin duda te has vuelto ya una verdadera cortesana y no te acuerdas de las pobres amigas condenadas á vivir en una capital de provincia.

Habíame prometido una minuciosa descripción de tu viaje, y ni siquiera me has dirigido algunas líneas que me saquen de ansiedad.

¿Crees acaso que porque como verdadera hija del Turia peco de